



## Prólogo

Un sol azul se reflejaba en las aguas tranquilas del lago al mismo tiempo que su contrapartida amarilla se asomaba por encima de las copas de los árboles de hojas rojas que circundaban la orilla del agua. Los pájaros negros y rojos sobrevolaban la superficie del lago, casi rozándola. Sus largas alas zumbaban mientras se dedicaban a atrapar insectos con los largos picos. Los gorjeos con los que se llamaban los unos a los otros eran los únicos sonidos que rompían la quietud de la escena.

En la ribera del lago se alzaba un edificio de piedra blanca. La larga galería de columnas se adentraba en el agua sobre unas gruesas pilastras. Más allá del pórtico se elevaba entre los árboles hasta tomar una forma cuadrada, con unas atalayas rematadas por torretas en cada una de las esquinas. Unas leves volutas de humo salían de varias aberturas en las paredes, y el viento las arrastraba hacia el bosque. Los pisos superiores estaban salpicados de ventanas estrechas cubiertas con postigos de madera roja, y debajo de cada una de ellas sobresalía un pequeño balcón.

Unas figuras armadas montaban guardia en el umbral de las grandes entradas y patrullaban los caminos de ronda de los tejados de losas rojas. Eran unos individuos vestidos con anchos pantalones negros cuyos extremos llevaban remetidos en unas botas que les llegaban hasta las rodillas. Llevaban puestas unas amplias chaquetas rojas de grandes botones con hilo de oro trenzado, unas capuchas negras cubrían sus cabezas y unas grandes gafas de cristales teñidos para protegerlos de la extraña luz de la

estrella local les tapaban los ojos. Realizaban sus rondas y charlaban entre ellos completamente convencidos de que no iba a ocurrir nada.

Cinco figuras de armadura verde surgieron de la superficie del agua sin apenas perturbarla. Las gotas plateadas cayeron tras recorrer las placas curvadas que se superponían a lo largo de las armaduras. Los guerreros iban armados con pistolas y espadas sierra de dientes afilados. Los eldars se subieron a la galería y permanecieron ocultos a la sombra de las columnas, donde eran invisibles a la mirada del grupo de guardias de la entrada principal.

Se quedaron agazapados pacientemente en la oscuridad, esperando.

Se produjo un tremendo destello de luz que atravesó el cielo y una explosión gigantesca sacudió la parte delantera de la mansión. Trozos de piedra y fragmentos de losas salieron disparados a gran altura por el aire debido al impacto. Un instante después, otro disparo atravesó las nubes y estalló provocando la destrucción de una de las torretas, que quedó convertida en una nube de polvo. El césped que rodeaba la mansión quedó sembrado de cuerpos destrozados.

En el otro extremo de los jardines apareció un grupo de figuras de armadura negra corriendo por el lindero de un bosquecillo. Empuñaban unos largos lanzamisiles que apoyaban a la altura de la cadera. Una descarga cerrada de aquellas armas envió una tremenda andanada de proyectiles contra el tejado de la mansión mientras otro grupo de guerreros cruzaba a la carrera los arriates llenos de flores, pasaba de un salto por encima de los bancos de piedra y atravesaba las fuentes rebosantes.

Kenainath, el exarca del templo de la Sombra Mortífera, indicó a sus escorpiones asesinos que se mantuvieran a cubierto en las sombras del porche del lago, sin apartar la mirada de los humanos apostados en la puerta. Tal y como había esperado, los soldados empuñaron los rifles y abandonaron sus puestos para echar a correr hacia el ataque que se estaba produciendo a través de los jardines. Kenainath se lanzó contra ellos cuando pasaron a su lado y le clavó la garra de energía en la nuca al humano que tenía más cerca.

Sus guerreros siguieron su ejemplo, y las pistolas que empuñaban dispararon una lluvia de discos de filo monomolecular mientras las espadas sierra zumbaban. Pillados por sorpresa, los soldados no tuvieron ninguna

posibilidad de sobrevivir. Todos estaban muertos en cuestión de segundos, desmembrados, destripados o decapitados por las afiladas armas de los escorpiones asesinos.

Kenainath se quedó en cuclillas entre los cadáveres enemigos mientras las lentes rojas del casco que protegía su cabeza exploraban el entorno en busca de alguna señal de peligro. Otros guerreros eldars, vengadores implacables con sus armaduras azules y doradas, pasaron de un salto por encima del borde de la galería y se unieron a la escuadra de escorpiones. Todos juntos se dirigieron hacia las puertas posteriores.

Un crujido y un leve movimiento en una de las contraventanas del piso inferior alertó a Kenainath del peligro que se avecinaba. Se lanzó de cabeza detrás de un enorme macetero al mismo tiempo que las contraventanas se abrían de golpe. Sus guerreros reaccionaron de inmediato y también se pusieron a cubierto.

La ancha boca del cañón de un arma pesada atravesó los cristales de la ventana y los destellos de los disparos iluminaron el pórtico. Los proyectiles silbaron y rebotaron alrededor de los escorpiones asesinos al mismo tiempo que levantaban surtidores de fragmentos de piedra y de grandes astillas del macetero. Oyó un grito de dolor. Era Iniatherin, que se encontraba precisamente a la espalda del exarca. Los vengadores implacables respondieron a los disparos y descargaron contra la ventana una tormenta de proyectiles disparados por las catapultas shuriken que empuñaban. El cuerpo del humano quedó desgarrado por la andanada y salió despedido hacia atrás con un largo aullido.

Kenainath miró por encima del hombro y vio a Iniatherin tendido en el suelo de piedra blanca. Una enorme astilla de madera le había perforado la armadura a la altura de la garganta. De la herida salía un imparable chorro de sangre brillante. Pocos segundos después, el guerrero ya estaba muerto. Su cuerpo dejó de convulsionarse y se quedó completamente inerte en mitad del charco rojizo que se estaba formando a su alrededor.

Una nueva serie de explosiones sacudió las ventanas cuando los eldars se abrieron paso hacia el interior del edificio a la derecha de Kenainath. El exarca vio a través de una de las ventanas destrozadas unas figuras ágiles de color marfil que avanzaban a saltos por uno de los pasillos. En el aire resonó el grito estremecedor de las máscaras de los espectros aullantes.

Kenainath indicó con un gesto a su escuadra que avanzara de nuevo

hacia la puerta y luego dedicó una breve mirada al guerrero que había muerto. No sintió pena alguna. Le resultaba imposible sentir culpa o remordimiento. La muerte no era ninguna desconocida para aquellos que recorrían la Senda del Guerrero. La escuadra de Kenainath se vería perjudicada por aquella pérdida, pero el exarca supo mientras contemplaba el cuerpo tendido en una postura extraña que la disminución de las fuerzas de la Sombra Mortífera no sería durante mucho tiempo.

El universo se esforzaba por buscar la armonía y el equilibrio. Tal y como declaraban los filósofos, aborrecía el vacío, por lo que no pasaría un largo plazo antes de que otro tomara el lugar de Iniatherin.

**PRIMERA PARTE**

**El artista**





## Amistad

*Durante la era anterior a la Guerra en el Cielo, Eldanesh, el portador de la lanza, el amigo del halcón, el señor de los eldars, se enfrentó a los ejércitos de los Hresh-selain. Eldanesh era el más poderoso de todos los eldars y su lanza era la mejor arma forjada por mortal alguno, pero el rey de los Hresh-selain tenía muchos guerreros a su servicio. Aunque era el señor de todos los eldars y sabía que la tarea de protegerlos era exclusivamente suya, Eldanesh sabía también que no podría conseguir la victoria sin ayuda. Acudió a Ulthanesh, el segundo guerrero más poderoso de todos los eldars, el portador de la espada, el amigo del cuervo, y le pidió ayuda para combatir contra los Hresh-selain. Eldanesh y Ulthanesh lucharon hombro con hombro, y frente a su fuerza y su habilidad, los guerreros de los Hresh-selain no pudieron defenderse. «Así será siempre —declaró Eldanesh—. Cuando nos enfrentemos a las situaciones más terribles, nuestros amigos estarán a nuestro lado.»*

Una estrella moría.

Para los eldars se trataba de Mirianathir, la Madre de los Vientos Desérticos. Era un orbe de color naranja intenso que flotaba en el firmamento negro, con la superficie azotada por unas oleadas frenéticas de chorros de fusión y de feroces vientos electromagnéticos. Las partículas salían disparadas de esa superficie y las descargas de energía que golpeaban los planetas más cercanos abrasaban a los hijos de Mirianathir con su contac-

to mortífero. Flotaban arrasados a su alrededor. La estrella llevaba moribunda un millón de años, y continuaría muriéndose lentamente a lo largo de otro millón más.

Sin embargo, a pesar de su muerte, proporcionaba vida a otros.

A los eldars.

Un mundo astronave flotaba llevado por los vientos estelares y cubierto por completo por el brillo radiactivo de los estertores de Mirianathir. Se trataba de una masa continental con forma de disco cubierta de cúpulas resplandecientes y velas de energía plateadas, de puentes inmensos y de torres centelleantes. El mundo astronave tenía desplegadas todas sus velas y se empapaba con aquella energía vital. Era una planta inorgánica con hojas de espejo que medían cientos de kilómetros de largo. El mundo astronave de Alaitoc estaba rodeado por la luz rojiza de la estrella moribunda y absorbía todo lo que Mirianathir tenía para ofrecer. Captaba cada partícula y brisa estelares y las canalizaba a través de los espíritus del circuito infinito para que el mundo astronave dispusiera de sustento durante un millar de años más.

El espacio que rodeaba a Alaitoc estaba tan lleno de movimiento y de energía como la propia estrella de la que se estaba alimentando. Las naves viraban y se desplazaban atravesando los vientos estelares para recargar sus propios depósitos de energía. La puerta a la Telaraña que se encontraba detrás del mundo astronave centelleaba y giraba sobre sí misma. Era un portal resplandeciente que daba al espacio que se abría entre lo material y lo inmaterial. Las naves comerciales de largos cascos ahusados entraban y salían por la puerta de un modo grácil y fluido. Los alargados destructores con cascos de color azul oscuro se deslizaban con agilidad entre todo aquel tráfico estelar con las baterías de armas preparadas y los torpedos cargados. Las naves de recreo surcaban velozmente los espacios libres entre aquellas escuadras de navíos. Las majestuosas naves de guerra de mayor tamaño avanzaban con porte digno a través de los trayectos establecidos en mitad de aquella ordenada agitación.

El portal estelar se estremeció con una fluctuación de luz dorada y se dilató durante unos instantes. Donde unos momentos antes sólo había vacío apareció el *Lacontiran*, una goleta espacial dedicada al comercio que acababa de regresar de un largo viaje a las estrellas del Valle Interminable. Replegó las velas solares y viró con facilidad a lo largo del flanco del mun-



do astronave más cercano a la estrella para seguir un rumbo que la llevaría directamente hacia la Torre de la Bienvenida Eterna.

La torre de atraque sobresalía un total de cinco kilómetros desde la superficie principal del mundo astronave. Estaba envuelta por un aura de color azul que mantenía a raya el vacío devorador del espacio. La torre ascendía hacia la oscuridad girando sobre sí misma, de un modo parecido al cuerno de un narval, y se veían cientos de figuras a lo largo de su superficie. Se alineaban en las elegantes pasarelas o en las curvadas rampas de acceso. Eldars de todas las sendas habían acudido a recibir la nave tras su largo viaje. Había poetas, ingenieros, autarcas, jardineros, videntes, guerreros de los diferentes templos, estilistas y cartógrafos. Todas las sendas que se podían recorrer en la vida estaban presentes allí, vestidos con la elegancia de las grandes togas, de trajes monopieza centelleantes, de túnicas vaporosas de mil y un colores llamativos. Los pañuelos fluían como olas rojas y amarillas, y los yelmos de grandes crestas sobresalían sobre el océano de cabellos cuidadosamente peinados. Bajo el brillo del mundo astronave relucían joyas de todos los colores junto a los brazaletes, los anillos y los collares de plata, oro y platino,

Los eldars que formaban la multitud se desplazaban a través de ella sin una intención aparente. Abrazaban a viejos amigos, intercambiaban comentarios y saludos con los conocidos. Cada uno trazaba su propia ruta y jamás invadía el espacio propio de los demás eldars. Sus voces resonaban al unísono componiendo una sinfonía de sonido que se parecía tanto al bullicio normal de una multitud como una orquesta a los balbuceos de un niño. Hablaban entre sí con voces musicales, y cada pronunciación era una nota perfecta y cada gesto era medido y preciso. Algunos no llegaban a hablar, ya que su postura y sus expresiones mostraban a las claras lo que pensaban: un leve alzamiento de cejas, un ligero estremecimiento de labios o el suave temblor de un dedo mostraban agitación o nerviosismo, felicidad o ansiedad.

Korlandril se encontraba de pie en mitad de aquel caleidoscopio de la vida del mundo astronave. Su cuerpo esbelto estaba cubierto por una túnica abierta a la altura del pecho confeccionada con una seda que brillaba como el oro. Llevaba el cuello y las muñecas adornadas con cientos de diminutas cadenas monomoleculares de todas las tonalidades del espectro, por lo que parecía tener las manos y la cara iluminadas por un arco

iris en miniatura. Su larga melena de cabello negro estaba recogida en una complicada trenza que le colgaba sobre el hombro izquierdo, donde se mantenía sujeta mediante unas cintas holográficas que cambiaban constantemente de forma. Pasaban de parecer zafiros a diamantes, y un momento después tomaban el aspecto de cualquier piedra preciosa que conocieran los eldars. Había invertido mucho tiempo en arreglarse siguiendo el estilo estético de Arestheina, y había pasado bastante tiempo delante de un campo reflectante observando el resultado, ya que sabía que su amigo sentía debilidad por la obra del antiguo artista.

Thirianna iba vestida de un modo más sencillo. Llevaba puesto un traje que le llegaba hasta los tobillos y que se plisaba a partir de la rodilla, con un delicado bordado de hilo apenas un tono más gris que el resto del vestido, y de aspecto semejante al de las sombras de una nube. No tenía mangas, lo que dejaba a la vista unos brazos pálidos cubiertos de diseños sinuosos pintados con henna. Sobre los hombros llevaba un amplio pañuelo diáfano, y los extremos rojos y blancos de la prenda se balanceaban con suavidad sobre su pecho y brazos. Su cabello blanco, teñido para que hiciera juego con el vestido, mostraba dos mechones azules que enmarcaban su estrecho rostro y resaltaban el color azul oscuro de los ojos. La joya espiritual que llevaba colgada en un medallón de plata blanca y de una cadena del mismo metal también era de un intenso color azul.

Korlandril se quedó mirando a Thirianna mientras todos los demás presentes tenían los ojos fijos en la nave estelar, que en esos momentos se deslizaba con elegancia para atracar al lado de la pasarela que comenzaba a extenderse desde el amarre. Habían pasado quince ciclos desde que la había visto por última vez. Eran demasiados ciclos, demasiado tiempo lejos de su belleza y de su pasión, de una sonrisa que le arrebatava el alma. Él había albergado la esperanza de que Thirianna se fijase en el cuidado que había puesto en arreglarse, pero si era así, todavía no había hecho comentario alguno al respecto.

Se fijó en la intensidad de su mirada mientras observaba la nave que se aproximaba. Vio en sus ojos un leve atisbo de humedad y captó un temblor de nerviosismo por todo su cuerpo. No sabía si se trataba simplemente de una emoción provocada por el momento, ya que el ambiente era muy contagioso, o si era algo más personal, una alegría más profunda, lo que conmovía el corazón de Thirianna. Quizá lo que ella sentía ante el

regreso de Aradryan era un sentimiento más intenso de lo que le gustaría a Korlandril. La idea hizo que algo se le removiera en el pecho, igual que una serpiente que se desenroscara. Sabía que aquellos celos no tenían justificación alguna y que él no había intentado reclamarla como su pareja, pero la precisión de sus pensamientos no logró apagar las emociones que acechaban en su interior.

Korlandril notó que su joya espiritual, un ópalo ovalado engastado en una montura dorada que llevaba sobre el pecho, empezaba a subir de temperatura. El calor comenzó a traspasar el tejido de la túnica. La piedra del alma actuó igual que si se tratase de una luz de advertencia en el panel de una nave, y la agitación de aquella joya espiritual hizo que Korlandril se detuviera e inspirara profundamente. Aquellos celos no sólo no tenían sentido, sino que, además, eran peligrosos. Dejó que esa emoción se hundiera en los rincones más profundos de su psique hasta que quedó encerrada en una cripta mental a la espera de ser retirada cuando fuera seguro hacerlo.

Pensar en Aradryan le recordó a Korlandril para qué había acudido a la torre: para dar la bienvenida en su regreso a un viejo amigo. Si Thirianna hubiese querido estar con Aradryan, se habría marchado de viaje con él. Korlandril desechó el temor que sentía respecto al afecto de Thirianna, y descubrió que estaba tan impaciente como ella por volver a ver a su amigo. La serpiente que albergaba en su interior bajó la cabeza y se quedó dormida de nuevo a la espera de que llegara su momento.

A lo largo del casco del *Lacontiran* se abrieron una docena de compuertas que dejaron escapar una luz iridiscente, y un flujo de aire cargado de un olor dulce recorrió toda la curva del muelle de atraque. Los pasajeros y los miembros de la tripulación surgieron de aquellas compuertas altas formando filas sinuosas. Thirianna se irguió por completo y se mantuvo en equilibrio sin problema alguno sobre la punta de las botas para mirar por encima de las cabezas de los eldars que tenía delante. Alargó ligeramente una mano hacia un lado para mantener el equilibrio.

Fue la aguda vista de Korlandril la primera que divisó a Aradryan, lo que le hizo sentir una breve sensación de triunfo. Era una victoria a pesar de que no se había establecido competición alguna entre ambos.

—Ahí está. Nuestro viajero regresa a nosotros igual que Anthemion con el Arpa Dorada —declaró Korlandril al mismo tiempo que señalaba hacia un punto situado a su izquierda.

Apoyó los dedos un breve instante en la piel desnuda del brazo de Thirianna para llamar su atención.

Aunque Korlandril lo había reconocido de inmediato, Aradryan tenía un aspecto muy diferente a la imagen que conservaba de él cuando partió. Korlandril sólo lo reconoció por los pómulos salientes y los finos labios. Llevaba el cabello cortado de un modo brutal en el lado izquierdo, casi al rape, mientras que en el lado derecho caía formando una melena descuidada, sin arreglo o recogido alguno. Tenía los párpados pintados de negro, lo que daba a su rostro aspecto de calavera y una mirada sombría. Iba vestido con unos ropajes de color negro y azul oscuro, envuelto en unas largas bandas crepusculares. Su piedra del alma, de un brillante color amarillo, y que él llevaba como un broche, estaba prácticamente escondida bajo los pliegues de la ropa. Los ojos intimidatorios de Aradryan se posaron primero en Korlandril, luego en Thirianna, y un instante después aquella mirada siniestra desapareció para verse sustituida por una expresión de felicidad. Aradryan los saludó con un gesto de la mano y se abrió paso sin esfuerzo entre la multitud hasta llegar ante ellos.

—¡Un regreso venturoso! —declaró Korlandril, abriendo los brazos de par en par en un gesto de bienvenida, con las palmas extendidas en dirección al rostro de Aradryan—. Y un reencuentro dichoso.

Thirianna no dijo palabra alguna y acarició la mejilla de Aradryan con el dorso de la mano durante un momento antes de posar sus esbeltos dedos sobre el hombro del recién llegado. Aradryan le devolvió el gesto, lo que provocó un nuevo acceso de celos en Korlandril, quien tuvo que esforzarse para contenerse y que no se notara. La serpiente que albergaba en su interior abrió un ojo movida por el interés, pero Korlandril la obligó a replegarse de nuevo. El momento pasó y Aradryan se apartó de Thirianna para poner las manos sobre las de Korlandril al mismo tiempo que le sonreía con los labios torcidos en una mueca mordaz.

—Me alegro de veros. Muchas gracias por esta bienvenida —les dijo Aradryan.

Korlandril buscó en el rostro de su amigo la expresión pícara que antaño acechaba siempre en su mirada, la risa burlona y contagiosa que siempre estaba preparada en cada uno de los movimientos de sus labios. Ya nada de aquello parecía seguir allí. De Aradryan emanaba solemnidad y sinceridad, incluso algo de calidez, pero Korlandril captó también una

barrera. Aradryan tenía el rostro vuelto hacia Thirianna una fracción más de lo necesario y la espalda girada levemente hacia Korlandril.

Semejantes diferencias, tan sutiles, habrían pasado inadvertidas incluso entre los propios eldars, pero Korlandril se encontraba recorriendo la Senda del Artista, por lo que tenía muy desarrollada la capacidad de observación y de atención hasta un nivel de detalle que rozaba lo microscópico. Se daba cuenta de todo, recordaba cada matiz y cada faceta. Sabía por sus extensos estudios que todo tenía un significado, ya fuera intencionado o no. No había sonrisas inocentes ni parpadeos sin intención alguna. Cada movimiento indicaba un motivo, y lo que inquietaba a Korlandril era la sutil reticencia de Aradryan.

Le sostuvo las manos un momento más de lo que era necesario con la esperanza de que la prolongación física del saludo le recordara a su amigo el lazo que compartían. Si fue así, Aradryan no dio muestras de ello. El recién llegado apartó las manos sin dejar de sonreír levemente y las cruzó a la espalda al mismo tiempo que alzaba las cejas en un gesto inquisitivo.

—Decidme, mis más queridos y acogedores amigos, ¿qué es lo que me he perdido?

El trío recorrió caminando la Avenida de los Sueños, un camino plateado que pasaba por debajo de un millar de grandes arcos de cristal y que llevaba hasta el corazón del propio Alaitoc. La débil luz de Mirianathir destellaba contra el techo abovedado, donde quedaba capturada y se reflejaba en el cristal de múltiples facetas intrincadas para iluminar el suelo, donde relucía con tonos anaranjados y rosáceos.

Korlandril le había ofrecido a Aradryan llevarlo en un vehículo hasta sus aposentos, pero su amigo había rechazado la oferta, ya que prefería saborear la sensación de su regreso y las multitudes tranquilas de eldars. Korlandril supuso por lo poco que le fue contando su amigo que el viaje a bordo del *Lacontiran* había sido muy solitario. Miró con envidia la esbelta nave antigravitatoria que pasó sin esfuerzo alguno cerca de ellos mientras llevaba con rapidez a sus pasajeros hasta su punto de destino. El Korlandril joven se habría horrorizado de la indolencia que se había apoderado de Korlandril el Escultor, al que sus pensamientos más abstractos habían apartado de la mayoría de las actividades físicas. Sin embargo, semejante introspección era imposible. Había dejado a un lado cualquier

clase de timidez en su deseo por aceptar toda influencia exterior, toda experiencia que no procediera de su propio cuerpo y mente. Así eran los pensamientos de un artista: elevados más allá de todo lo que fuera práctico, bailando sobre la luz estelar de la observación pura y de la imaginación.

Fue aquella necesidad de sensaciones la que impulsó a Korlandril a llevar el peso de la conversación. Habló mucho de sus obras y de lo que había ocurrido en el mundo astronave desde que Aradryan se había marchado. Por su parte, Aradryan le respondió y lo comentó todo de un modo directo y conciso, lo que privó a Korlandril de toda posible inspiración y frustró su sed artística.

Korlandril se fijó en que cuando Thirianna hablaba, Aradryan se volvía más locuaz y parecía más ansioso por hablar de ella que de sí mismo.

—He notado que ya no caminas a la sombra de Khaine —comentó Aradryan al mismo tiempo que hacía un gesto de aprobación a Thirianna.

—Es cierto que la Senda del Guerrero se ha acabado para mí —le respondió ella con voz pensativa, pero sin apartar la mirada en ningún momento de Aradryan—. El aspecto del Vengador Implacable ha saciado mi rabia lo bastante como para durar un centenar de vidas. Ahora escribo poesía influida por la escuela métrica de Uriathillin. He descubierto que posee ciertas complejidades que me estimulan tanto en el plano intelectual como en el emocional.

—Me gustaría conocer a Thirianna la Poetisa. Quizá tus versos me ayuden en eso —le contestó Aradryan—. Me gustaría mucho asistir a una lectura, cuando a ti te parezca.

—A mí también me gustaría —le contestó Korlandril—. Thirianna se niega a compartir su obra conmigo, aunque le he sugerido en muchas ocasiones que podríamos colaborar en una pieza artística en la que se combinen sus palabras y mi escultura.

—Mis versos son para mí y para nadie más —replicó Thirianna en voz baja—. No son para recitarlos en voz alta ni para oídos que no sean los míos.

Lanzó una mirada llena de irritación a Korlandril.

—Aunque hay algunos que crean sus obras de arte para expresarse ante el mundo, mis poemas son secretos íntimos, en los que sólo yo puedo comprender su significado para así poder adivinar mis propios miedos y deseos.

Al verse reprendido de ese modo, Korlandril se quedó callado durante unos momentos, pero no tardó en sentirse incómodo ante el silencio que se produjo, así que hizo la pregunta que le había estado rondando por el subconsciente desde que se había enterado de que Aradryan regresaba.

—¿Has vuelto a Alaitoc para quedarte? ¿Has acabado tu camino como piloto de guía, o regresarás a bordo del *Lacontiran*?

—Acabo de llegar. ¿Es que ya estás impaciente por que me marche?

Korlandril abrió la boca para protestar, pero las palabras no llegaron a salir cuando captó durante un momento un atisbo del antiguo ingenio chispeante de Aradryan. Korlandril sonrió aceptando la broma e inclinó la cabeza para reconocer su papel como el bobo en la humorada de Aradryan.

—Todavía no lo sé —añadió Aradryan con expresión pensativa—. He aprendido todo lo que podía aprender como piloto de guía y me siento completo. Ha desaparecido la turbulencia que antaño acosaba mis pensamientos. No hay nada parecido a guiar una nave a lo largo de las olas agitadas de una nebulosa o a través de los canales sinuosos de la Telaraña para aumentar el autocontrol y la concentración. He visto muchas, muchas cosas increíbles y maravillosas entre las estrellas, pero tengo la sensación de que existen muchas más por encontrar, que tocar, que oír, que experimentar. Puede que regrese a una nave estelar, o puede que no. Además, por supuesto, me gustaría pasar un poco más de tiempo con mi familia y con mis amigos, saber de nuevo qué ocurre en Alaitoc, ver si ansío marcharme de nuevo o me siento satisfecho de quedarme aquí.

Thirianna hizo un gesto de asentimiento para mostrar que estaba de acuerdo con aquella sabia decisión, e incluso Korlandril, que a veces se dejaba llevar por unos impulsos repentinos, se dio cuenta de las ventajas que ofrecía sopesar bien aquella elección.

—Tu regreso es más que oportuno, Aradryan —le comentó el escultor cuando sintió de nuevo la necesidad de llenar el vacío en la conversación—. Casi he acabado mi última obra. Voy a celebrar una ceremonia de presentación dentro de unos pocos ciclos. Sería todo un honor y un placer que pudierais asistir.

—¡Habría asistido aunque no me hubieras invitado! —le contestó Thirianna riéndose. Su entusiasmo provocó un estremecimiento de emoción en Korlandril—. He oído hablar mucho de ti y siempre con palabras de elogio. Se ha levantado mucha expectación con esta nueva obra tuya.

Sería tremendamente inapropiado perderse semejante acontecimiento si uno quiere que se lo considere una persona con gusto artístico.

Aradryan se quedó callado unos instantes, y Korlandril fue incapaz de adivinar lo que pensaba su amigo a partir de la expresión de su rostro. Le dio la impresión de que alguien había colocado una máscara totalmente inexpresiva a la faz de su amigo.

—Sí, a mí también me encantará asistir —dijo Aradryan al cabo de unos momentos, después de que su rostro recuperara la expresión—. Me temo que mi gusto debe de haberse quedado anticuado comparado con el vuestro, pero estoy impaciente por ver lo que Korlandril el Escultor ha creado durante mi ausencia.